

rentes a las personas que habían salido de sus asilos diplomáticos para pasar a la zona nacional, y que, desgraciadamente, no se habían reunido con los suyos al terminar la guerra. En muchas casas, no era sólo un familiar el que faltaba: dos hermanos Garcer Ruán; el marqués de Fontalba y su nieto, José Hoces y Cubas; dos hermanos Delgado Sánchez; don Carlos Garnica y su hijo José; dos hermanos González Quevedo; cuatro Méndez y González Valdés; dos Miró y Barbani; tres Rodríguez Orduña, y dos Urquijo Landeche, hablan de un patriotismo que excusa encarecimientos.

Una serie de pesquisas dieron con algunos de los asesinos, que fueron reconocidos por otros refugiados. Estos delincuentes contaron toda la verdad y señalaron el sitio donde habían sido enterrados los cadáveres. Cuando se hizo la exhumación, se apreciaron en muchos señales de tortura.

La Dirección General de Regiones Devastadas se dió cuenta, repitámoslo, del honor que

para ella sería ejecutar las obras que hoy exponemos a nuestros lectores, y con la emoción que el asunto merece, prodigó entusiasmo hasta coronar esta empresa de caridad y de justicia.

Consta el edificio construído de dos zonas perfectamente definidas. En una de ellas está emplazada la Iglesia, cuyas fotografías ilustran estas páginas, y la Cripta en que reposan los cadáveres.

Paredaño a esta zona se ha elevada un Convento. Lo regentarán las Religiosas Hijas de Nuestra Señora de la Providencia, que se ocuparán de dar clase gratuita a los niños de esta barriada. El Convento consta de tres plantas. En la primera existe una pequeña sala de visitas, el coro bajo y dos clases destinadas a niñas pobres. En la segunda, se ha asentado el Convento propiamente dicho. Allí se enclava, por consiguiente, el ámbito de clausura, capaz para ocho religiosas, con sus correspondientes sala de recreo, refectorio, co-

*Capilla.*

